

## **OBTENER TODO SIN HACER NADA BEATA MARIA GABRIELA DE LA UNIDAD**

### **Parte I – *Ecumenismo en Grottaferrata***

Sor María Gabriela sabía que moriría en un año. Con el permiso de la abadesa dejó su habitación en la enfermería y fue al noviciado. Aquí recogió y destruyó todos sus escritos. “Desaparezco yo, desaparezca todo”, dijo.

María Gabriela tenía veinticuatro años y quería morir como había vivido, en silencio y desapercibida. Las personas que la conocieron durante su infancia no habrían recordado nada especial de ella, sus hermanas en el monasterio no habrían recordado nada especialmente relevante. Este era su deseo: ser santa sin llamar la atención.

Sor María Gabriela murió en la primavera de 1939. Había vivido en el monasterio de Grottaferrata apenas tres años y medio, pero en 1940 ya había sido publicada su primera biografía. Pronto aparecieron numerosas ediciones en varias lenguas. Siguieron otras biografías y la notoriedad de María Gabriela se extendió.

Su tumba en la cripta del monasterio trapense en los Montes Albanos, no lejos de Roma, se convierte en la meta de oleadas de peregrinos y devotos provenientes de Europa, de Gran Bretaña y de América del Norte. En 1958 se abre el proceso de beatificación. En 1995 los lectores de la encíclica de Juan Pablo II sobre el quehacer ecuménico, *Ut unum sint*, descubrían a María Gabriela Sagheddu, natural de Dorgali, en Cerdeña y monja en Grottaferrata, que se les ofrecía como modelo de cumplimiento del deber de todo cristiano de orar por la unidad de los cristianos.

Sor María Gabriela, por lo tanto, no tuvo éxito en su deseo de desaparecer. Y tampoco fueron destruidos todos sus escritos. Han quedado algunas notas de lectura y una colección de unas cuarenta cartas, dirigidas sobre todo a su madre y a su abadesa.

Las cartas, tomadas en su conjunto, son la historia de un alma, sólida y genuina como el pan de Dorgali, que María Gabriela hacía en su casa, como las demás mujeres del pueblo. Considerada su edad y su procedencia, las cartas suscitan, incluso, algo de perplejidad. El lector queda impresionado, al igual que lo fue uno de sus parientes de Dorgali; sus cartas parecen haber sido escritas por otra persona: “Son de un nivel superior respecto a la capacidad de María Gabriela, cuya instrucción no llegó más que a la sexta clase elemental.”

Es imposible encontrar en estos documentos alguna cosa que explique el empeño de María Gabriela por “destruir sus escritos”. Una constante de su personalidad, de la infancia al lecho de muerte, fue su límpida honestidad. El contenido de las cartas es discreto, el estilo cuidadoso, sin embargo no existe ninguna duda de que se encuentre allí toda la verdad, tal como María Gabriela quería que fuese dicha. Las cartas no nos ofrecen ningún modo de saber aquello que ella estaba tratando de tener oculto. Y este es precisamente el quid del problema, porque sor María Gabriela tenía un secreto. Se trata de la única cosa sobre la que nunca escribe a su casa. Su secreto era una decisión que tomó: una vez tomada la decisión con la aprobación de sus superiores, nunca volvió a hablar de ello, ni siquiera una sola vez, ni siquiera a ellas. Aparte de dos o tres superiores de María Gabriela, sólo su madre Catalina Sagheddu y Dom Benedict Ley, de la abadía benedictina anglicana de Nashdom, fueron informados (¡no por ella!) del secreto antes de su muerte.

La hipótesis más fiable, por lo tanto, sobre por qué María Gabriela deseaba destruir sus escritos era esta excepcional decisión, su único secreto. El devenir de los

acontecimientos le dio la razón. Ya que su secreto, dado a conocer después de su muerte, tuvo como resultado justo lo que había tratado de evitar: la atención sobre ella.

María Gabriela, en enero de 1938, decidió ofrecer su vida por la causa de la Unidad de los Cristianos. Su secreto fue el alma de su existencia, la explicación de su muerte, el modo de su santidad. Y también se reveló capaz de incidir en el destino de su comunidad monástica.

Seis meses después de su ofrecimiento, la abadesa de María Gabriela, la Madre Pía Gullini, escribe a la madre de sor María Gabriela. Informa a Catalina Sagheddu del ofrecimiento de su hija, le cuenta que su hija había enfermado gravemente de tuberculosis. María Gabriela murió el 23 de abril de 1939. El 26 de abril Madre Pía escribe nuevamente a Catalina. Fue una larga carta de mujer a mujer – mejor dicho – de madre a madre.

Madre Pía describe, con los más mínimos detalles, a mamá Catalina las últimas horas de su hija: *“Jueves 20... Después de la cena de aquel sábado... Alrededor de las dos de la madrugada... A las cuatro de la tarde... A las 5,30, con la mayor serenidad, dejó de respirar. Bajó los párpados, como solía hacer para decir “si” cuando no podía hablar. Estaba ya con su Señor. Lo amó tanto que ofreció el sacrificio de su joven vida por la unión de las Iglesias separadas. Era el domingo del Buen Pastor y el Evangelio hablaba de las otras ovejas que no están en el redil y deben ser conducidas.”*

La mañana siguiente Madre Pía habló a las monjas de Grottaferrata reunidas en capítulo. *“Sor María Gabriela ha sido una verdadera trapense... se olvidó completamente de sí misma en su búsqueda de la gloria de Dios... Pasó sonriendo entre nosotras sin jamás llamar la atención, sin jamás provocar ninguna queja sobre ella... si no fuera por la angustia que tuvieron cuando supieron que estaba enferma y descubrieron el tesoro escondido que poseían”.*

Sor María Gabriela era la *hijita* de Madre Pía, su hija pequeña. María Gabriela se consideraba “una pigmea en el camino espiritual”, pero para Madre Pía era “la sabiduría de las sabidurías”. Más tarde, Madre Pía dirá que María Gabriela era una “luz pacificante”. Pero si María Gabriela era una luz, Madre Pía era la lente que la enfocó, y el monasterio de Grottaferrata la superficie preparada sobre la cual se proyecta para ser vista.

María Elena Gullini era, por su parte, una mujer de carácter fuerte y orgulloso, que le permitió enamorarse del Dios encarnado. Entró en la Orden de los Cistercienses de la Estricta Observancia en Laval, Francia, en 1917, con veinticinco años de edad. Le fue dado el nombre de Pía porque había recibido la Primera Comunión de manos del papa Pío X. Después de nueve años de vida trapense en Laval, al ser italiana, sor Pía fue destinada para ayudar al monasterio de Grottaferrata, en Italia.

Grotta, como era llamado, era una comunidad trapense fervorosa, culturalmente atrasada, materialmente pobre. Cuando Madre Pía llegó a Grotta, trajo consigo de Laval una cultura monástica y un vigor espiritual basados en la liturgia y la doctrina. Elegida abadesa en 1931, cuatro años antes de la entrada de María Gabriela, Madre Pía abre a sus hijas a las doctrinas ascéticas de J. P. Caussade, Francisco de Sales, Teresa de Lisieux y Dom Vital Lehodey.

Madre Pía impulsa, principalmente, a esta voluntariosa pero ignorante comunidad hacia un apostolado prácticamente desconocido a las religiosas italianas de su tiempo y a las Trapenses de cualquier nacionalidad: el “movimiento ecuménico” recientemente iniciado.

A mitad de los años treinta Madre Pía había sido introducida a las esperanzas y a los desafíos del ecumenismo por una laica francesa, Henriette Ferrari. En 1936 estaba ya en contacto regular con Paul Couturier, el gran promotor de la “Semana de Oración

por la Unidad de los cristianos”. Por medio del padre Couturier Madre Pía inició un activo intercambio epistolar con el benedictino anglicano Dom Benedict Ley. La idea que tuvo Madre Pía de publicar la biografía de María Gabriela en 1940 fue una visionaria estrategia al servicio de la Unidad de los cristianos. En los años 50 ella anotará: “Estoy en estrecho contacto con los hermanos de Taizé, cuyo joven fundador, junto a su madre y al hermano Max vinieron a Grotta en 1950. Bajaron todos a la tumba de sor María Gabriela”. La amistad ente Madre Pía y la señora Schutz duró hasta la muerte de esta última. En 1983, cuando Juan Pablo II beatificó a sor María Gabriela, patrona de la Unidad, el hermano Roger estuvo presente en la basílica de San Pablo Extramuros.

En 1947 el benedictino anglicano Dom Benedict Ley efectuó su primera visita a Grottaferrata. Alojado junto a la vivienda del capellán, Dom Benedict pasó muchísimo tiempo en oración sobre la tumba de sor María Gabriela. Teniendo Grotta como base, se entrevistó con monseñor Montini, de la Secretaría de Estado, para deliberar sobre las relaciones entre anglicanos y católicos en Inglaterra. Durante los diez años posteriores Dom Benedict visitó Grotta otras dos veces.

A consecuencia de sus crónicas, una cincuentena de anglicanos, ortodoxos y protestantes procedentes de Inglaterra visitaron Grotta, a cuentagotas, de 1948 a 1951. Todos quedaron profundamente impresionados por la calurosa y fraterna acogida que recibieron de Madre Pía y las demás monjas. “No tengo palabras para expresar lo buenas que han sido conmigo las Trapenses de Grottaferrata”, dice un visitante anglicano en 1949, “prepararon una magnífica cena en honor de mi visita, un verdadero ágape, ¡hasta me dieron regalos!”.

En sus noticiario de 1950 las monjas de Grotta comunicaron a la Orden Cisterciense: *“Los visitantes a Grotta han sido bastante frecuentes, durante este Año Santo, procedentes de toda Italia y el extranjero. Entre nuestros peregrinos ha habido un gran número de hermanos separados... En septiembre se celebró un importante encuentro internacional de expertos en el tema de la Unidad de los cristianos en la abadía greco-católica de San Nilo en Grottaferrata. Dada la cercanía y el interés que el tema tiene para nosotras, hemos podido seguir de cerca los tres días de conferencias.”*

El entusiasmo de Madre Pía Gullini por la Unidad de los cristianos se habría vinculado con el secreto adueñarse de María Gabriela Sagheddu de la oración de Jesús “que todos sean uno”. Si para Madre Pía el ecumenismo era un signo de los tiempos que estimulaba su profética respuesta eclesial, para María Gabriela era el deseo de su esposo, al que adherirse con toda el alma. “¡Jesús te amo! ¡Te doy gracias! Todo está dicho en estas pocas palabras... Que Tú seas glorificado en mí.”

La fama que experimentaron las trapenses de Grottaferrata por el celo de su abadesa por el ecumenismo y el éxito aplastante de la biografía de María Gabriela de 1940 y de las cinco ediciones sucesivas no pasó desapercibida a las autoridades de la Orden Cisterciense. Lo observaron con mucha incompreensión. La consecuencia para Madre Pía fue el rápido y prematuro abandono de su cargo abacial, y el inmediato exilio en Suiza.

En aquella época Grotta llevaba implicada en el ecumenismo desde hacía más de un decenio. Decir que la comunidad de las trapenses estaba adelantada respecto a su tiempo es decir demasiado poco.

Un historiador de aquel tiempo dice que en la Italia de los años treinta “era violenta más que vivaz, malévol y a menudo maleducada la polémica entre católicos y protestantes. No es ciertamente una página de edificante caridad, la hostilidad con que

se observaban furtivamente las dos partes enfrentadas, llenas de rencores y desconfianzas”.

En cambio este grupo de monjas humildes y pobres, que trabajaban duro, satisfacían completamente el deseo que Pío XI expresó en el Consistorio del 24 de marzo de 1924: “Estaremos agradecidos a todos los católicos que se esfuerzan, bajo el impulso de la gracia divina, a facilitar el ingreso de los hermanos separados en la verdadera fe; cualesquiera que sean, disipando sus prejuicios, teniendo presente la doctrina católica no adulterada y, sobretodo, haciendo evidente en sí mismos la característica de los verdaderos discípulos de Cristo: el amor mutuo.”

Mientras algunas autoridades de la Iglesia parecían decididas a defender las bases de la división, Madre Pía y la comunidad de Grotta estaban entre los más fervientes y activos defensores de la Semana de oración por la Unidad de los cristianos en Italia. Si Roma entendía la reunión como el retorno al redil después de la renuncia a los errores, Madre Pía seguía la línea de Paul Couturier: orar para que se cumpla la voluntad de Jesús con los medios que Él elija. “Los cristianos y protestantes tienen que empezar desde la posición de la amistad, para encontrar – como hermanos – un terreno común... Lo que cuenta es el amor, el amor que es unión, reciprocidad.”

No hay muchas dudas sobre el hecho de que la joven sarda, sor María Gabriela Sagheddu, era el centro silencioso y escondido del audaz y valiente servicio de Madre Pía a Grotta y a la Iglesia. “*La voy a ver todas las tardes*”, confió Madre Pía antes que María Gabriela muriera, “*y le confieso que para mí es un gozo, una fuerza, un verdadero estímulo espiritual*”. En 1948 escribe una carta a la autora francesa que estaba comenzando la investigación para una nueva biografía de María Gabriela: “*Años de experiencia en lo que concierne a este problema de la “Reunión” me han llevado a comprender que el éxito de su libro depende del hecho de que no hay absolutamente nada en la vida de María Gabriela que pueda usarse como base de una controversia... Los que ignoran el problema llegarán a comprenderlo gracias al ejemplo de sor María Gabriela. Los que son expertos en el ecumenismo encontrarán en ella un descanso que nunca antes han conocido, una luz pacificante, un horizonte nuevo para disponerlos a amar antes que a discutir.*”

## Parte II – El acto de fe

El 16 de enero de 1938 era domingo. Las cincuenta monjas de la comunidad trapense de Grottaferrata estaban reunidas en la sala capitular del monasterio para escuchar las instrucciones de su abadesa, la Madre Pía Gullini. Entre ellas, con veintitrés años, estaba María Gabriela Sagheddu. Aquel domingo en particular Madre Pía leyó en voz alta y comentó el opúsculo del padre Paul Couturier que anunciaba lo que entonces se llamaba la “Semana de la Unidad”.

La “Semana de la Unidad” era la cruzada anual de oración, del 18 al 25 de enero, por la superación de las divisiones y la reunión de la Iglesia. En 1932 el sacerdote francés Paul Couturier había comenzado a promover activamente la Semana de la Unidad, aplicando a ella su idea de “ecumenismo espiritual”. Había comprendido que la unidad material externa debía ser precedida de una unidad esencial interna, expresada por un gran número de almas que oraban y se ofrecían a sí mismas en unión a la ofrenda de Jesús. Le gustaba prever un “monasterio invisible”, una comunidad de oración y sacrificio, que no estuviese limitada por una denominación o un estado de vida.

En 1936 el padre Paul Couturier publicó su primer opúsculo y el año siguiente editó más de mil quinientos ejemplares. Por primera vez un ejemplar también llegó a

Grottaferrata, pedido por Madre Pía, que lo leyó en capítulo a las monjas. Ahora, el 16 de enero de 1938, Madre Pía lee por segundo año consecutivo el opúsculo del padre Paul a las hermanas:

“La oración seguirá siendo el centro luminoso y vivo (del trabajo por la Unidad de los cristianos)... Con la participación abierta y simultánea de todos, en cada lugar de la Iglesia dividida, durante estos días del 18 al 25 de enero, la oración guiará a la Iglesia en el camino de la Unidad. Sólo el sufrimiento de la desunión puede abrir los corazones de todos los cristianos y situarlos a la escucha del dolor escondido en la oración de Cristo al Padre durante la Última Cena... *‘que todos sean uno en nosotros... para que el mundo crea’.*”

El opúsculo continuaba: “Que haya una abundante cosecha de ofrecimientos al Espíritu por parte de vidas desconocidas y ocultas para colaborar a esta gran tarea de reunión de los cristianos”.

El padre Couturier seguía el discurso presentando tres ejemplos de cristianos que recientemente habían ofrecido su vida por la causa de la Unidad. Entre ellos nombró – y fue una revelación para muchas de las monjas – a la Madre Inmaculada Scalvini, que formó parte de la comunidad de Grottaferrata. El año anterior, con setenta y ocho años de edad, Madre Inmaculada ofreció su vida por la causa de la Unidad, en respuesta al opúsculo del padre Couturier leído en el capítulo. Murió un mes más tarde.

Escuchando estas llamadas al ecumenismo espiritual, sor María Gabriela no pudo evitar conmoverse. Una vez había dicho a su maestra de novicias: “No sabría como describir mi vida interior. Busco simplemente ocasiones para hacer sacrificios... los afronto y actúo.”

No sorprende, por tanto, que justo después de haber escuchado la lectura del opúsculo de 1938, sor María Gabriela llamara a la puerta del despacho de la abadesa. “*Permítame ofrecer mi vida*” – Madre Pía recordaba su petición. “*¿A fin de cuentas qué vale? No estoy haciendo nada. No he hecho nada. Usted misma ha dicho que se puede hacer este ofrecimiento con permiso*”. Después de un prudente discernimiento, el permiso fue otorgado. Fue todo, y no se habló más.

Es difícil escribir de María Gabriela Sagheddu.

Es difícil, porque su vida no forma parte del ámbito de todos esos modelos dramáticos que la mayor parte de nosotros, en el mundo occidental, considera “vida real”, acontecimientos, talentos y calidad, éxitos y fracasos. Ni se trata de una cuestión de “relatos”, al menos no del tipo de relatos propios de los europeos occidentales y de los norteamericanos, en las adaptaciones televisivas, programas semanales y talk show radiofónicos.

En cambio, la vida de María Gabriela fue puramente espiritual, al menos después de la conversión ocurrida cuando tenía dieciocho años de edad. “*Mi único deseo, dice una vez, es... ser santa*”. Esto era verdadero amor propio, pero no egoísmo. Quería ser santa, no por amor a sí misma, sino por amor a Dios y al prójimo. Alguien dice de ella: “No fue corrompida” y no es necesario añadir más. Su vida de joven, de adulta y de monja fue como una flecha lanzada que rompe el aire, derecha hacia el frente, hacia el blanco, pero aún más, atraída por él y a una velocidad siempre creciente.

María Gabriela Sagheddu entró en el monasterio de las trapenses de Grottaferrata el lunes 30 de septiembre de 1935. Tenía veintiún años. Uno de sus vecinos de Dorgali dijo más tarde: “Cuando supe que María Sagheddu estaba pensando hacerse monja no lo podía creer... No me parecía el tipo de mujer que entrara en un convento.” Muchos otros habrían estado de acuerdo.

La personalidad de María Gabriela de niña se caracterizaba por aspectos contradictorios. Por un lado era honesta, alegre y optimista. A pesar de que tuvo que

dejar la escuela a los doce años, era una alumna excelente. Le gustaba leer, especialmente novelas, y siempre estaba dispuesta a ayudar a sus compañeros en sus cuentas. Deber, lealtad y obediencia eran valores primarios para la joven María Gabriela. Físicamente fuerte y sana, no dudaba a la hora de ayudar en la parte más pesada de los trabajos domésticos y del campo.

Pero, al mismo tiempo, la joven María Gabriela era irascible, impaciente y exigente. Siempre quería tener razón y tener la última palabra. Esperaba que los demás fuesen honestos y auténticos como ella. “¡En mala hora, maldita sea!”, decía cuando los otros no cumplían sus expectativas. Si alguna cosa no marchaba según su punto de vista, pataleaba con rabia y frustración. Ambas características progresivamente transformadas, ordenadas y puestas al servicio de una finalidad tenazmente perseguida, colorearán el carácter de María Gabriela para el resto de su vida.

Durante la infancia y la primera adolescencia, las prácticas religiosas de María eran mínimas, cosa que no pasó desapercibida en el ámbito de la tradicional cultura católica de Dorgali, ampliamente concentrada en los actos de devoción religiosa y parroquial. Bautizada una semana después de su nacimiento, María hizo la Primera Comunión con diez años de edad; pero, a continuación, hecha la excepción del precepto dominical, desatendía los sacramentos y las funciones religiosas. “No acostumbraba a ir a la iglesia”, recuerda la gente. “Prefería leer, jugar a las cartas o a cualquier juego de mesa”.

Si la madre la exhortaba para ir a la bendición de la tarde, María respondía: “¡Vaya usted!” o “No es necesario. ¡Dejadme tranquila!” y continuaba absorta en la lectura o en el juego.

Pero cuando María tenía dieciocho años una pacífica revolución se abrió paso en su alma. Nunca habló nunca de ello. No estaba obligada a hacerlo. Tal revolución generó frutos de conversión, y estos hablaron por ella. Se inscribió en la Acción Católica y comenzó a enseñar catecismo a los niños. Regularmente visitaba a los enfermos, interesándose particularmente por una mujer joven con un hijo ilegítimo. Estableció amistad con una chica de mala reputación y le ayudó a superar su comportamiento destructivo. No rechazó nunca a las personas que pedían limosna, y a menudo se levantaba de madrugada para ayudar a las vecinas a hacer el pan.

Se recuerda que “comenzó a meditar, a hacer la adoración mensual... Se confesaba casi todas las semanas y recibía cotidianamente la comunión... Con frecuencia la veía arrodillada en oración delante del Santísimo Sacramento. Lo que me sorprendía era su actitud de profundo recogimiento. No había nada exagerado, al contrario, en todo había una gran austeridad.”

No mucho tiempo después de la conversión María Gabriela tomó en consideración la vocación religiosa. Había visto a otras jóvenes dejar Dorgali y entrar en Grottaferrata. Habló, por lo tanto, a su vice-párroco Don Basilio Meloni, sobre esta posibilidad también para ella. “¿Quieres ir a Grottaferrata? le preguntó el padre Meloni. “Mándeme donde quiera”, respondió María. “Entonces irás a Grottaferrata”, decidió el padre Meloni.

En julio de 1938, siete meses después del ofrecimiento de sor María Gabriela, Madre Pía escribe una larga carta al benedictino anglicano Dom Benedict Ley. Dom Benedict, maestro de novicios de la abadía de Nashdom, era un amigo “ecuménico” de Madre Pía desde hacía algún tiempo.

*“Este año, una joven profesora de coro, de apenas veinticuatro años, ha pedido hacer el mismo ofrecimiento. Como el año pasado, leí en capítulo la invitación de su amigo Dom Couturier; así que le dí el permiso y luego me olvidé, casi por completo, del asunto. Ahora, la Hermana se encuentra en la enfermería, aquejada de tisis*

*pulmonar. Ella, que estaba entre las más robustas, sin que nadie de su familia haya padecido este mismo mal... La Madre Gabriela es una hijita buena... Dotada de una inteligencia fuera de lo común y de una extraordinaria memoria, que le han servido para ser ¡“fiel”! Olvidada de sí misma, pasó silenciosa y desapercibida y, sólo ahora que el Señor la llama, me doy cuenta del tesoro que es.”*

Un mes antes Madre Pía escribió a la madre de sor María Gabriela, Catalina Sagheddu, informándole de las graves condiciones de su hija: *“Para mí fue un gran dolor... Pero sabiendo que Sor María Gabriela se había ofrecido al Señor por una de las más nobles causas: acelerar la unión entre las iglesias separadas, he comprendido que el Señor ha aceptado el ofrecimiento. Ella misma me ha dicho: “Desde el día que me ofrecí no he estado bien”.”*

Durante un periodo de cuarenta días en un hospital romano, sor María Gabriela se somete a un humillante tratamiento que tuvo como único efecto el agravamiento de su condición de tuberculosa. Regresó a Grottaferrata en mayo de 1938. El 23 de abril de 1939, justo después de su veinticinco cumpleaños, sor María Gabriela murió en los brazos de Madre Pía en la enfermería del monasterio. Durante la última agonía, Madre Pía preguntó a María Gabriela: *“¿Ofrece todo por la Unidad, verdad?”*. La monja agonizante respondió simplemente: *“Sí”*.

Madre Pía escribió a la madre de María Gabriela informándole de la muerte de su hija. Le recordó que el 23 de abril de aquel año era el domingo del Buen Pastor. El Evangelio hablaba de *“las otras ovejas que no están en este redil y que es necesario reunir”*. Madre Pía comentó a Catalina Sagheddu que su hija *“Ya estaba con su Señor, al que amó tanto, hasta ofrecerle el sacrificio de su joven vida por la unión de las Iglesias separadas.”*

Cuando el benedictino anglicano Dom Benedict Ley conoció la muerte de María Gabriela, notó que el 23 de abril también era la fiesta de san Jorge, patrono de Inglaterra. . Escribe: *“Esto quiere decir que ella rogará especialmente por nuestra comunidad y su trabajo a favor del retorno de Inglaterra a la verdadera Unidad.”* Dom Benedict fue muy atento y amable mandando sus condolencias a Catalina Sagheddu. Le dice: *“Espero que me permita decirle que el sacrificio de su hija me empuja a una mayor fidelidad a Cristo y a una oración más íntima por la unión de todos los cristianos bajo el Papa”*.

Si se exceptúan las breves señas a su abadesa, citadas anteriormente, sor María Gabriela no hizo nunca referencias explícitas a su *“ofrecimiento”* por la unidad. Sin embargo la colección de las cuarenta cartas que se conservan, escritas por sor María Gabriela, revela que este ofrecimiento era el corazón de su identidad de cristiana y de monja cisterciense. El ofrecimiento de la vida por la unidad ha dado una forma precisa a su espiritualidad. Llegó a ser el lugar de su encuentro con Dios.

Las cartas de sor María Gabriela son dignas de la mejor literatura epistolar: espontáneas, profundas, a veces irregulares, siempre reveladoras de la autora, son verdaderamente fascinantes. En ellas María Gabriela utiliza tres series de imágenes, o tres modalidades expresivas, para escribir sobre su ofrecimiento. El lenguaje del *“santo abandono”* recuerda a J. P. de Caussade y Teresa de Lisieux; las imágenes esponsales o nupciales recuerdan a Bernardo de Claraval, Jan van Ruysbroeck y Juan de la Cruz y los ámbitos semánticos de *“amor”*, *“alegría”*, *“gloria”*, *“consagración”* y *“plenitud”* son claros ecos del último discurso de Jesús, su oración por la unidad en el Evangelio de Juan, del capítulo 13 al 17; capítulos que María Gabriela leyó con particular intensidad durante su enfermedad final. Es evidente que hizo suyos cada uno de estos lenguajes tradicionales, visto que logró fácilmente armonizarlos. En los ejemplos que siguen son

evidentes el lenguaje del abandono, las imágenes nupciales y los ecos del Evangelio de Juan.

En una carta a su antiguo director espiritual de Dorgali, María Gabriela le asegura:

*“Soy feliz y mi felicidad es verdaderamente grande. ¡Qué alegría poder sufrir por el amor de Jesús y por las almas! He hecho un gran acto de abandono en las manos del Señor; y mi corazón y mi alma se encuentran inmersos en una paz profunda, con gran alegría. Cuando pienso en el bendito día en que estos míseros lazos del cuerpo se suelten y yo pueda ir allá arriba y abrazar al Esposo celestial, entonces mi alegría y mi felicidad irán más allá de la tierra.”*

En abril de 1938 María Gabriela escribe a su madre desde el hospital: *“Ruegue por mí para que glorifique siempre al Señor en el cumplimiento de su divina voluntad, de cualquier forma que ésta se manifieste... Me he ofrecido enteramente a Jesús y no retiraré mi palabra.”*

Algunas semanas más tarde, después de que el análisis de lo expectorado se revelara positivo, escribió a Madre Pía:

*“El primer día sufrí mucho. Luego, ayer por la tarde, sentí que una gran fuerza se infundía en mi corazón, y me abandoné plenamente a la voluntad de Dios, aceptando sufrir por Su gloria... Le aseguro que mi sacrificio es total, porque desde el amanecer hasta la noche no hago más que renegar, en todo y por todo, mi voluntad, mis aspiraciones, mis deseos y todo lo que hay en mí, sea santo o imperfecto. Antes no había modo de doblegar mi corazón; ahora, verdaderamente, he comprendido que la gloria de Dios y el ser víctima no consisten en hacer grandes cosas, sino en el sacrificio total del propio yo.”*

Otra vez escribiendo a su madre:

*“La gente del mundo dice que nosotras somos egoístas porque nos reclinamos en un convento y pensamos sólo en nosotras. Es falso. Nosotras vivimos una vida de continuo sacrificio hasta la inmólación por la salvación de las almas... En el Monasterio, donde todas las acciones, incluso las más viles, como puede ser el no hacer nada cuando te lo han mandado bajo obediencia, aportan un gran mérito.”*

En otra carta al padre Meloni, sor María Gabriela contaba:

*“En el pasado, nunca me he arrepentido viviendo en el abandono y así tengo la certeza que será en el futuro; y estoy segura que Jesús hará lo que sea para Su mayor gloria y mejor para mi santificación... Jesús me ha elegido como privilegiada de Su amor, dándome el sufrimiento para parecerme más a Él; y yo soy muy feliz y lo agradezco. Siento que nunca llegaré a entender bastante el amor que Jesús me demuestra ofreciéndome esta cruz.”*

Ha sido la tradición ascética de la Iglesia la que ha proporcionado a María Gabriela un lenguaje para expresar sus esperanzas más profundas y las experiencias más íntimas de Dios. Pero estas mismas esperanzas y experiencias no pueden reducirse a repeticiones de fórmulas clásicas; o apartadas como si fuesen puras consecuencias. Si es necesario dar a la respuesta de fe de María Gabriela una posición precisa en la historia de la espiritualidad cristiana, hay que situarla en el monacato benedictino basado en la lectio divina y la liturgia.

Es lo que afirmó el papa Juan Pablo II en su homilía en la beatificación de María Gabriela, el 25 de enero de 1983. “Tuvo la capacidad, dice el Papa, de recibir y poner en práctica con “la inteligencia del amor” la “escuela del servicio del Señor” de san Benito... Precisamente es en la fidelidad a la escucha donde María Gabriela consigue realizar aquella “conversión del corazón” que san Benito pide a sus hijos; conversión del corazón verdadera y primera fuente de la unidad.”



La vida de conversión de María Gabriela y el don de sí misma a Dios en respuesta a la invitación de su amor son ejemplos originales de fe bíblica. Son tanto originales cuanto únicos en sí mismos, como el fiat de María de Nazaret, como el “He venido... para dar mi vida en rescate de muchos” de Jesús, como “Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por amor a su cuerpo, que es la Iglesia” de san Pablo. María Gabriela realizó su acto de fe cuando aún estaba en Dorgali: *“Basta que Dios me llame, y yo estoy dispuesta.”* El día de su profesión monástica lo renovó: *“En la sencillez de mi corazón gozosamente te ofrezco todo. Te has dignado llamarme para Ti y... he dado todo lo que estaba en mi poder.”*

Algunos meses antes de su muerte María Gabriela confesó:

*“Me he abandonado totalmente en las manos del Señor... Amo a mi Esposo con todo el corazón, pero querría amarlo aún más. Querría amarlo por los que no le aman, por los que le desprecian, por los que le ofenden; en resumen, mi deseo no es otro sino amar.”*

Dice Juan Pablo II en su homilía en la beatificación: “La beata María Gabriela Sagheddu se ha convertido en un signo de los tiempos y en un modelo de aquel “Ecumenismo Espiritual” que el Concilio Vaticano II nos ha recordado. Nos empuja a mirar con optimismo – más allá de las inevitables dificultades que tenemos en cuanto seres humanos – a las maravillosas perspectivas de la unidad eclesial, cuyo progresivo realizarse está ligado a la aspiración, siempre más profunda, de convertirse a Cristo, a fin de hacer efectivo y operante su intenso deseo : ¡Ut omnes unum sint!”

**Dom Mark Scott, O.C.S.O. , Abad del monasterio trapense de Ava (USA)**